

¡No echemos más leña al fuego!

Las trágicas consecuencias en vidas humanas, los daños materiales inmediatos y los negativos efectos medioambientales provocados por los incendios forestales constituyen un fenómeno con honda percepción social. Su mayor frecuencia e intensidad en época veraniega avivan las críticas a las actuaciones administrativas en relación con las medidas de prevención, predicción y combate del fuego adoptadas en los montes. En los medios sociales se proponen medidas de actuación alternativas o complementarias; y, en algunos casos, las críticas se extienden a la gestión forestal en general, a la que se acusa de monetarismo y olvidadiza del papel ecológico de los montes en sus actuaciones de repoblación.

En la sección de Opinión del 24 de julio de El País, don Benigno Varillas, que se autotitula periodista de la naturaleza, propone la reintroducción de grandes herbívoros salvajes (uros, cebras, caballos y bisontes) para acabar con los incendios forestales. Su control de la vegetación, unido al ejercido por los mamíferos herbívoros de menor tamaño que habitan en nuestros montes, impediría la propagación de los incendios tras su iniciación. A tal respecto, cabe mencionar que la suelta de caballos en monte no es práctica desconocida en los montes gallegos.

Los trabajos de prevención (cortafuegos y desbroces selectivos), evaluación de las condiciones climáticas predictivas de incendios, vigilancia y detección precoz de los mismos, constituyen vías de actuación generalizadas en todos los países para preservar el patrimonio forestal, de aplicación más necesaria en las áreas de clima Mediterráneo. Sin embargo, parecen olvidados, o rechazados, por el Sr Varillas, y tildados de ineficaces o inasumibles económicamente; así, la limpieza del monte por mano de obra en invierno es tachada de dislate, pues los incendios- afirma -“no se apagan en invierno”. La complejidad de la propia naturaleza y circunstancias en que se produce un incendio forestal obligan a tomar medidas también complejas y deben evitarse juicios tajantes, demasiado simplistas, sobre su ineficacia.

Un salto en la exposición nos permite descubrir lo que el articulista considera causa última de los incendios forestales: “la plantación de pinos y eucaliptos (*¡matrimonio indisoluble* en este tiempo de crisis) en masas continuas” “Los ingenieros que plantaron esos pinos que arden son los máximos responsables y queremos -sostiene el Sr Varillas- que sus nombres se publiquen cuanto antes”. ¿Propugna su linchamiento por la opinión pública? ¿Qué opinión? ¿Con qué bases científicas y técnicas?

Querer ignorar, o desconocer, el estudio redactado por Ceballos y Ximenez Embum (1939), en el que se sintetizan los conocimientos de ciencia y técnica forestal y describen detalladamente aspectos sobre fisiografía, clima, suelo y vegetación, y constituye la base científica del Plan General de Repoblación Forestal de España (1940), denota, cuando menos, poco rigor científico. En dicho documento, se propugna una necesaria primera etapa de establecimiento de pinares, que en una etapa posterior llevaría a la incorporación de frondosas, obviamente restringida a estaciones climática y edáficamente adecuadas. La organización y puesta en práctica de las prácticas selvícolas requeridas para implementar dicha primera etapa supuso llevar a terreno la ingente labor de restauración de masas forestales depauperadas, la recuperación

masiva para la vegetación de terrenos baldíos, la sujeción de suelos en avanzado proceso de erosión, la corrección de cuencas hidrográficas, incluso con protección de núcleos rurales amenazados, junto (*last but no least*) con el suministro de trabajo a una mano de obra poco cualificada. Todo ello merece, cuando menos respeto, si no admiración, máxime en las condiciones de precariedad y sacrificio en que se desarrollaron. Y, actualmente, ¿con qué otras partidas del Presupuesto Nacional quiere el Sr Varillas que comparemos el gasto forestal para tacharlo de desorbitado?

Más adelante, el autor propugna, siempre en evitación de los incendios, una ordenación territorial en mosaico y hace alguna recomendación al respecto. Por toda aportación de datos se da el número de 700 como el de rayos que cada año provocan incendios y cuyos efectos se evitarían. Lo que no menciona es la intensidad y amplitud de los incendios, el tiempo de extinción que exigen y, lo que es más importante, su comparación con los incendios generados por el hombre (descuido, estulticia o intencionalidad), que según las estadísticas oficiales suman con mucho la mayor superficie quemada y son, por tanto, el núcleo principal del problema. Circunstancias, que unidas a la fisiografía española, por qué no también a su historia y hábitos culturales harían muy difícil, pienso que imposible, extender al territorio nacional el sistema de mosaico (eficaz, sin duda, en puntuales circunstancias); lo que cabe hacer extensible a cuestionar el establecimiento masivo de grandes herbívoros como arma eficaz, y no costosa, para borrar de los titulares veraniegos la expresión incendio forestal.

La concienciación y ayuda ciudadanas para la protección de los montes cuya necesidad hace ver el slogan – si se quema el monte, algo tuyo se quema- , y el reconocimiento del valor de la aplicación técnica, racional y mesurada, de los conocimientos científicos que aportan las muy variadas disciplinas implicadas (con la ecología como eje central) son vías necesarias para el uso sostenible de la naturaleza. A un periodista de la naturaleza y a un profesor universitario de fisiología vegetal, ya jubilado, deben obligarnos a un entendimiento mutuo y a la comprensión de posturas y acciones ligadas al tiempo, cuya efectividad, o fracaso, no son medibles en términos de unidades de obra.

José Alberto Pardos
Académico de la RAI
Profesor Emérito de la UPM